



La “traición” de Roberto Quieto: Treinta años de silencio

Por Lila Pastoriza

El 28 de diciembre de 2005 se cumplieron treinta años del secuestro de Roberto Quieto por las fuerzas de seguridad. Desaparecido en los centros clandestinos donde el terror exterminó a gran parte de una generación, acusado de delación por la conducción montonera, fijada su imagen en ese salto del heroísmo a la traición, poco o nada se ha sabido sobre el Negro que con-

tribuya a conocer y entender su historia en su singularidad de su época.

¿Quién era Roberto Quieto? ¿Qué fue lo que pasó con él?

No faltan versiones, mas bien sobran. Quieto es una víctima más de la represión, pero como fue dirigente montonero su historia suele ser pasto de los dos demonios (jefes guerrilleros “arreglados” con los milicos, montoneros que se “cantan” entre ellos, etc) y del setentismo marquetinero actualmente en auge.

Aquí hablamos de otra cosa: Quieto, además de desaparecido cuyos desaparecedores deberán rendir cuentas a la justicia, está doblemente ausente: el rótulo de traidor con el que lo caracterizó Montoneros, nunca revisado, lo confinó en un vacío sin memoria.

La trayectoria pública de Quieto recorre los hitos de la militancia setentista: el Ché, la lucha antidictatorial, la fuga de Rawson, la primavera de 1973, la masacre de Ezeiza, el terror de la Triple A, la clandestinidad y el frenesí militarista, el aislamiento político, la escalada represiva, el golpe, el exterminio. Pero hay un silencio nunca roto, el impuesto por el estigma lapidario de la traición. De eso no se habla.

Los que conocimos a Roberto Quieto o compartimos algo de su vida y militancia debemos hacernos cargo de esa ausencia. Los desaparecidos no tienen mas tumba que la memoria. Re-construyamos su historia, su militancia y su caída. Ya es tiempo de entender, de debatir, de

hacer un balance, de poder explicar y explicarnos, de sacar conclusiones. Es tiempo de que, quienes fuimos sus compañeros, podamos contarles a sus hijos una historia que no esté fracturada por el abismo del silencio y que les ayude a recuperar a su padre.

Sin dudas las miradas sobre Quieto difieren mucho entre sí y se hacen desde distintos lugares y experiencias. Pero todas aportan y se modifican mutuamente. Las de quienes lo admiraron o lo vieron con recelo, las de los decepcionados, las de aquellos que lo repudiaron, las de los que lo quisieron, de los que le tenían bronca, de los desconcertados. Cada una puede alumbrar verdades parciales que se complementen o generen otras nuevas.

Esta nota no es ajena a la inquietud de gente que conoció y quiso al Negro Quieto, lo valoró como la persona que fue, íntegra y consecuente, que nunca compartió la imagen de “Quieto traidor” y que siempre mantuvo la indagación de lo ocurrido como una asignatura pendiente. Creo que bien vale que esto se explicita, como así también el sostenido esfuerzo por tomar distancia que implica escribir sobre este tema.

Indagué, hablé con gente, leí documentos y testimonios, registré recuerdos, suposiciones, imágenes borrosas, extrapolaciones del presente, voces contrapuestas.

Lo logrado hasta ahora es reunir información que no ha circulado demasiado y aporta elementos valiosos, intercambiar impresiones y, sobre todo, constatar una vez más la importancia de abrirse a temas vedados: abarcan mucho más que un caso puntual, abren otras historias obturadas.

También he intentado esbozar algunas aproximaciones a hipótesis básicas que siguen siendo provisionarias. La mía es una tarea inconclusa y abierta que espero poder continuar. Publicarla quizá promueva otras iniciativas o intercambios sobre el tema que la amplíen, la complementen y ratifiquen o rebatan sus conclusiones. Sólo en tal carácter tienen sentido los apuntes y desarrollos que conforman esta nota.

Introducción

Roberto Quieto fue un militante de las causas populares que perdió la vida a manos de la represión instrumentada desde el aparato estatal. Los autores de ese crimen deben ser juzgados y castigados por la ley. La detención de Quieto jamás fue reconocida pese a realizarse durante un gobierno constitucional, a la ostensible participación de las fuerzas de seguridad y a la información de que fue torturado en el centro clandestino de detención que funcionó en la guarnición militar de Campo de Mayo.

La caída de Quieto y el juicio efectuado por la conducción montonera ponen en primer plano cuestiones que constituyen los ejes del debate sobre la derrota sufrida por las organizaciones que entonces llevaron adelante la lucha popular. EL caso Quieto presenta aspectos que luego se revelarán claramente como decisivos en la capacidad de la militancia para resistir la estrategia de aniquilamiento de las Fuerzas Armadas. La supremacía del mandato ideológico, la confianza irrestricta en la victoria final, el reemplazo de la política por el accionar militar, el cerrojo de las opciones binarias –héroes o traidores, valientes o cobardes-, la preeminencia de las lógicas bélicas son, entre otros, algunos de los elementos estrechamente vinculados al ciclo de caída, tortura sin límites, delación, cita cantada y nuevas caídas que signó el camino de exterminio implementado en los centros clandestinos concentracionarios.

Quizás si lo ocurrido con Quieto hubiese merecido un análisis más complejo, si no se hubiese encorsetado su conducta en los moldes sin salida del ideologismo y del deber ser, al menos se podrían haber extraído conclusiones como para modificar la magnitud de la derrota. No fue así. La conducción montonera siguió la pauta ya marcada a fuego por la opción militarista que definía todas sus prácticas. No se trata de buscar “malos” y “buenos” sino de graves errores políticos compartidos, impuestos, consentidos. En este marco tiene sentido saber qué pasó con Quieto y cual fue su supuesta “traición”. Más allá de mil debates conceptuales acerca de esta huidiza figura –y más allá también del análisis de Pilar Calveiro sobre “las múltiples combinaciones” de las conductas de los prisioneros en los centros clandestinos- se entiende habitualmente que, cuando hay campos enfrentados, un “traidor” es quien se pasa al contrario, se convierte en enemigo. Si el juicio aplicado por la CN hubiese sido acertado, si la conducta de Quieto implicó este pasaje ¿cuántos miles de militantes de los más diversos grados que violaron normas y dieron alguna información entrarían en esta categoría? Como obviamente no es así, habría correspondido reconocerlo.

No se ha hecho. Incluso en un reportaje no lejano, Firmenich reafirma el carácter ejemplificador del juicio a Quieto. “Había que fijar jurisprudencia para la conducta frente a la represión que se avecinaba”, sostuvo. No parece que alguna vez se hubiese reflexionado en el efecto boomerang que pudo tener sobre la credibilidad y la moral de los militantes una sentencia que transformaba a un dirigente respetado en un traidor que portaba oculta la ideología enemiga.

En mi caso, ya inmediatamente después de la caída de Quieto, la información proporcionada por sus familiares acerca de su notorio desaliento y el hecho de enterarme de sus encuentros políticos con algunos amigos reforzaron las dudas acerca de la explicación dada por la conducción montonera.

Este punto –entender cómo llegó alguien como Quieto a la situación que generó su caída, con sus consecuencias- ha sido una de las motivaciones centrales de este trabajo sólo por lo ya dicho sobre la urgencia de romper su baldón de silencio. También por la relación que tiene este caso con las circunstancias padecidas por el grueso de los militantes desaparecidos.

Interesa subrayar que la intención de este trabajo no pasa por juzgar conductas o acciones, -la de Quieto o la de la Conducción Nacional de Montoneros- ni apuntar a planteos maniqueos. Como se ha dicho anteriormente, se trata de aportar elementos de información que puedan ayudar a entender lo ocurrido: relatos, testimonios, indagaciones que, aun desde miradas sesgadas, logren recuperar el sentido que aquellos hechos tuvieron para sus protagonistas y ubicar el caso de Roberto Quieto en el contexto de la época, de la organización política y militar a la que perteneció y de la etapa represiva que ésta enfrentaba.

<>Explicar la caída

Este trabajo se fue desarrollando sobre la base de algunas aproximaciones a “esbozos de hipótesis” dirigidas a explicar la situación que condujo a la detención ilegal de Quieto:

* El punto de partida para abordar lo ocurrido con Roberto Quieto, un militante, un ser eminentemente político, es considerar este aspecto básico que orientó y motorizó su vida y que, mientras funcionó como tal, le permitió sostener problemáticas personales irresueltas. De ahí la prioridad de examinar e indagar los indicadores de acuerdos y diferencias políticas y, sobre todo, de su grado de confianza en el proyecto político en el período anterior a su detención. (Elementos que aparentemente no fueron considerados en el juicio que realizó Montoneros).

* La situación que desembocó en su caída en manos de las fuerzas de represión (encuentro familiar en la playa) con las consiguientes consecuencias (tortura sin límites, posibilidad de arrancarle información y posterior desaparición) se dio en el marco de un cuadro político-personal complejo, donde deben analizarse cómo se entrelazaron históricamente las distintas variables que intervienen.

* La evaluación negativa de Quieto respecto de las posibilidades que tenía la organización Montoneros de modificar un rumbo (militarista) que arriesgaba llevarla a la derrota, sumada a sus dificultades para discutir internamente y encontrar una salida conformaban una crisis política expresada en pesimismo y preocupación crecientes.

* En este marco y en el generado por el incremento de la ofensiva militar represiva (caídas en aumento, mayores exigencias/sacrificios en cuanto a clandestinidad y seguridad), resultó potenciada la incidencia en su conducta de la irresuelta situación familiar y afectiva, que lo afectaba profundamente, en especial en la separación de sus hijos.

* Jugado como estaba en el rol que signó su trayectoria, no abandonó “su puesto de lucha” y siguió adelante. Sin el sostén de la convicción política y de la confianza férrea en el proyecto y agobiado por una situación político-personal a la que no veía salida, algo “no cerró” por dentro suyo, y la situación, quizás sin percibirlo, se le hizo inmanejable.

I. La playa y después

Roberto Quieto era, en ese momento, uno de los principales dirigentes de Montoneros, un líder de fuerte llegada a las bases militantes que lo respetaban y querían por su trayectoria política, su destreza militar y su carisma personal. Su caída y el inimaginable modo en que se produjo fue un shock que conmocionó a la militancia. Aun no se había recuperado del asombro y el abatimiento cuando se conocieron las imputaciones de delación que, a la semana, la Conducción Nacional hizo a Quieto. Fue un golpe durísimo. No sólo por el peso de tal cargo sobre un jefe en una organización como Montoneros. Para muchos militantes implicó entrever por primera vez la posibilidad de que la organización no fuera indestructible, para otros que ya planteaban cuestionamientos empezó a tomar cuerpo el fantasma de la derrota.

Los hechos

Aquel domingo, alrededor de las ocho de la tarde, yo buscaba cerca del Botánico un teléfono público que funcionara, algo no muy frecuente por entonces. Apareció uno en el restaurante de Santa Fe y Armenia. Me ubiqué en la cola, de cuatro o cinco personas. Una mujer hablaba con voz alterada. “Necesito un abogado, se lo llevaron, lo metieron en un Torino...”, decía. La miré. Era Peti, apodo familiar de Alicia Testai, la esposa de Roberto Quieto. Me acerqué y me contó lo ocurrido. Enfrente, en la esquina, estaban los familiares en dos autos, venían de la playa, se repartían las tareas más urgentes, buscar abogados, un juez, denunciar lo ocurrido. En uno de los autos fuimos con Peti al Cronista Comercial, donde ya no quedaba casi nadie. Nos atendió Osvaldo Lamborghini, antiguo compañero del Sindicato de Prensa, de quien ahora nos separaban algunas diferencias. Pero se portó. Como la edición ya estaba cerrada, llamó a Rafael Perrota, el director, le habló de lo sucedido y de la imperiosa necesidad de hacerlo público. Perrota autorizó reabrir el diario para incluir la noticia. Recuerdo que sentada frente a una mesa, nerviosa pero lúcida, la esposa de Quieto relató minuciosamente los hechos ocurridos en la playa unas dos horas antes. Lamborghini, cuando todo estuvo listo, me atajó en un aparte y me dijo: “Flaca, bueno, ya está... Pero ahora, contame la posta... mirá si yo voy a creerme esa historia de la playa...” Le insistí que realmente así había sido, le expliqué mi encuentro con la mujer en el teléfono... Creo que me creyó pero dudo que haya quedado convencido...

Los hechos ocurrieron en la playa “la Grande”, de Martínez, situada sobre la calle Pacheco; era uno de los típicos recreos que bordean la costanera norte del Río de la Plata. Fue el último domingo de 1975, un típico día de verano, con mucho movimiento en la zona de clubes, sobre Avenida del Libertador. Centenares de familias se congregaban allí en típicos pic-nics de fin de semana.

Los familiares de Quieto fueron llegando de a poco. Conocían el sitio, habían ido algunas veces, dos o tres. José Luis, el hermano mayor, llegó con su mujer a eso de las once y media de la mañana. Vio un carro de asalto de la policía de la Provincia de Buenos Aires a menos de una cuadra. Roberto ya estaba allí –relata –, habíamos estado una semana antes, un día que me puse nervioso cuando el Negro salió con los chicos hasta unos árboles cercanos...

Este domingo estaban, además, Josefa Pepa, la mamá de Quieto; Peti y los chicos, Paola, de diez años y Guido, de seis; y también unos primos de Peti... Los otros dos hermanos no habían

venido: Carlitos, el menor, y Alicia, su compañera, habían optado por ir a una quinta; el Vasco y July, su mujer, no vendrían porque Manuel, su hijo, estaba resfriado. A instancias del Negro, que a toda costa quería ver ese día a su sobrino Manuel, el Vasco se lo llevó un rato antes a una plaza de Belgrano. Manuel tenía un año y medio, él lo adoraba. Si July podía ir, y el chico andaba mejor, lo llevaría al balneario por la tarde... El Negro se sentía seguro en esa playa, confundido entre miles de personas... Prefería encontrarse allí con su familia en lugar del Parque Pereyra Iraola, donde en caso de tener que rajar podrían acorralarlo; aquí, en cambio, estaba el río, era más abierto.

Serían como las siete y pico, ya la gente empezaba a irse, cuando llegó July con Manuel. El Negro lo alzó, feliz. De pronto, aparecieron como diez tipos armados con armas largas apuntándonos... Venían sobre la pared del recreo y se aproximaron a paso militar disparando ráfagas al aire... Los vemos cuando ya los teníamos encima. Uno ordenó cuerpo a tierra a nosotros y a decenas de familias que estaban cerca nuestro, relata José Luis. Entraron por donde ahora está la vía del tren de la Costa con dos autos, eran alrededor de diez, con pinta de comandos parapoliciales y dando voces de mando..., dice "Miguel", un militante que estaba allí casualmente-. Los dirigía, bien parado, un pelado de alrededor de 40 años, me pareció ver uno o dos comandos infiltrados entre los concurrente... Inmediatamente encararon a quien luego supe era Roberto Quieto con la intención de secuestrarlo.

También José Luis vio a los "bañistas" simulados. Una personas que estaban desde la mañana muy próximas a nosotros se incorporaron al grupo que entraba, entre ellos quien parecía dirigir el operativo y la mujer que lo acompañaba. El tipo se acercó al Negro, lo interpeló y éste exhibió un documento y le pidió que se identificara. Se identificó como Inspector Rosas, de la Policía Federal. Le mostró una credencial a Peti, la mujer del Negro, que les decía de todo, y enseguida apuntando con su arma a mi hermano le ordenó que lo siguiera... Se nos vino encima un grandote con lentes espejados -cuenta Peti-. Yo agarré el caño de su arma y le di un rodillazo en las bolas... "te voy a quemar", gritó el gordo pero el supuesto Rosas lo paró, "no vas a quemar a nadie, quedate tranquilo", le gritó... José Luis cuenta que el Negro resistía a patadas y golpes y aferrándose a un árbol hasta que lo redujeron violentamente a culatazos en la cabeza y lo arrastraron hasta a un Torino rojo que junto con otro esperaba con las puertas abiertas y los de la patota, disparando al aire, se subieron a la carrera y partieron a toda velocidad.

July acababa de llegar cuanto todo se precipitó vertiginosamente. El Negro tenía a Manuel en brazos y le estaba sonriendo... Cuando vio a los tipos que nos rodeaban, apuntándole, se le petrificó la cara. El sabía qué era eso. Nunca olvidaré esa cara, nunca, dijo July con la mirada por unos segundos tan fija como esa imagen del Negro que le quedó grabada. Una a una desgranó las escenas que se agolpaban en el recuerdo de esa tarde: Este es el fin, me dije. Roberto me dio el nene, yo salí y lo entregué a un señor estaba ahí cerca, le dije cómo se llamaba... Manuel gritaba, el hombre me decía "los van a matar a todos", se escuchaban los tiros de

ametralladoras, varios de los presentes estaban cuerpo a tierra. Vio que los tipos acorralaban al Negro, descalzo y en pantalón corto. Identifíquese, le decía al que aparentemente dirigía el operativo. Vio que Peti, su mujer, se interponía entre él y la patota y lo cubría con su cuerpo, gritando e insultándolos. Y enseguida, en un remolino de gritos, forcejeos y patadas vio que arrastraban al Negro a culatazos y empujones hasta un auto, creyó oír que unos pibes en malla gritaban se llevan al Negro Quieto. Y todos ellos quedaron allí, con su impotencia, demudados. Hasta que recordaron lo que había que hacer, lo sabían de memoria. Y se fueron a denunciar, a buscar un juez, a los diarios, a contar lo ocurrido.

Hicieron la denuncia en la Comisaría de Martínez y después siguieron con abogados, periodistas, políticos. Esa noche la esposa de Quieto habló en el Hotel Savoy con el senador Carlos Perette, del bloque radical y ex vicepresidente del país quien al día siguiente denunció en el Congreso lo ocurrido y reclamó la legalización de la detención. Miguel avisó a Jorge Lewinger y éste pasó el mensaje esa misma noche a su contacto con la Conducción Nacional de Montoneros. Luego él y su mujer llamaron a los medios y se comunicaron con Américo Barrios, jefe de noticias de Radio Colonia, que sería la primera en difundir la noticia.

Alerta y sorpresa

A través del noticiero de Radio Colonia de las once de la noche, que escuchaban asiduamente, los integrantes de la CN montonera se enteraron prontamente de la detención de Roberto Quieto. A la mañana siguiente, lunes 29, la noticia aparecía en el recuadrado insertado en El Cronista Comercial y también en Clarín, sumándose luego Crónica y los diarios vespertinos. Familiares, amigos y compañeros de militancia se movilizaban denunciando la detención y buscando que se la legalizara para preservar su vida. La ciudad se fue cubriendo de pintadas. Hubo multitud de entrevistas con legisladores y dirigentes políticos, cartas y telegramas a las autoridades gubernamentales y eclesiásticas, al Papa y a líderes e intelectuales de distintos países. Numerosas adhesiones y reclamos fueron publicados en solicitadas durante varios días.

Montoneros movió sus redes de prensa y contactos internacionales. Por otra parte, de inmediato gestionó una reunión secreta entre el general Albano Harguindeguy, Jefe de la Policía Federal y Norberto Habberguer, en representación de la organización. Se reunieron con mutuas medidas de seguridad. No lo tenemos nosotros, y si lo tuviéramos no lo entregaríamos, fue la rotunda e inequívoca respuesta. El jueves 31 el diario La Opinión informó que en la Policía Federal se desmentía que Quieto hubiera sido detenido, y el viernes 2 de enero los diarios publicaron un suelto de indudable origen en los servicios de inteligencia según el cual la policía

informaba que el domingo 28 a las 21 horas (el mismo día del secuestro) un grupo había arrojado volantes en donde los montoneros decían ser los “responsables de la desaparición del Dr. Roberto Jorge Quieto”. Más allá de estas malas señales y saltando sobre el desconcierto inicial, la militancia montonera realizó esos días decenas de pintadas, volanteadas y actos relámpago en reclamo de la aparición de su jefe.

El sábado 3 de enero comenzó a circular internamente en Montoneros la versión de que el Negro Quieto estaba dando información a sus captores. Al principio hubo quienes no lo creyeron, pero enseguida llegó por las vías orgánicas la información “oficial” de que habían caído algunos locales de importancia conocidos por Quieto y que no cabían dudas acerca de su responsabilidad. Casi inmediatamente la Conducción decidió levantar la campaña por su aparición, incluidas pintadas, acciones callejeras y gestiones de cualquier tipo. Días después se anunciaba que se iniciaría el correspondiente Juicio Revolucionario, obviamente, “en ausencia”.

El impacto inicial

El impacto inicial sobre la militancia fue durísimo. ¿Cómo podía ser que habiendo prohibido la CN el contacto con familiares, uno de sus integrantes (muy conocido, además) fuera a encontrarse con toda la parentela en una playa? ¿Se había vuelto loco? ¿No pensó que podía ocurrir lo que ocurrió? Y la Conducción ¿dónde estaba? ¿No sabía qué hacía cada uno? ¿Cómo podía ser que Quieto anduviera desarmado y sin custodia?

Nadie tenía aun respuestas a estos y otros interrogantes cuando al desconcierto general se sumaron las acusaciones de delación y la directiva de levantar la campaña por Quieto. ¿El Negro dando información al enemigo? ¿Qué estaba pasando?

Apenas nos enteramos de la caída de Quieto, nos pusimos a organizar actividades, para pedir su libertad. Había decenas de compañeros listos. Teníamos hasta los volantes hechos, y en la reunión previa nos dijeron “paren, no se sale.” Se nos ordenó levantar la acción porque el Negro “estaba hablando.” No se explicó mucho más... me pareció una barbaridad, no me gustó el manejo, todo muy rápido, relató Alicia Gillone, que militaba en el área de salud.

En una organización político-militar el mandato era inapelable: la tortura se aguanta. Nadie habla. Un jefe se hace matar, pero calla. Quieto, más que nadie lo sabía ¿Y entonces? ¿No le habrían aplicado alguna droga? Pero...¿será cierto que cantó? ¿Y si la cosa saltó por otro lado? ¿No correspondería haber esperado un poco?

Para diciembre, Córdoba ya estaba desmantelada y caía mucha gente. Con lo de Quieto nos licenciaron y nos fuimos unos días a San Clemente... Nunca supe de nada que hubiera caído por él. Sí recuerdo que se generó un gran desmadre y mucha discusión porque se tejían muchas versiones... Yo nunca creí la historia oficial, recuerda Patricia, militante de base.

Tras el estupor y la consternación, bases y cuadros militantes debieron afrontar una situación compleja. Al modo en que se había producido la caída de Roberto Quieto -violando las reglas de seguridad que él mismo había impuesto y posibilitando con ello que se lo capturara vivo- se sumaba la acusación de delación. En una organización sustentada en el culto al heroísmo, al sacrificio personal y al enaltecimiento del "hombre nuevo" delatar era inadmisibles. Cada militante se armó como pudo ante hechos tan fuertes: unos se resistieron a aceptarlos, otros los incorporaron "naturalmente" como uno de los escollos de la guerra, hubo quienes centraron su esfuerzo en buscarle alguna explicación. En relación a la figura de Quieto, en muchos prevaleció la compasión y el silencio; no pocos se aferraron al enojo y la ira ante la traición del jefe que habían admirado.

Alicia P. fue la compañera de Carlos Quieto, hermano menor de Roberto. Ellos, dudando de la seguridad del lugar, no habían ido a la playa el día 28, lo veían como una imprudencia. Así y todo, Alicia no puede recordar sin sufrir el encuentro que días después tuvo con la compañera que era su responsable. Me habló tan mal de Roberto, me dijo cosas tan terribles de él, delator, traidor, individualista... que yo le dije: "Vos me estás hablando de otra persona...Estás equivocada: no es Roberto ése a quien vos te referís, es otro...El dolor fue tan fuerte que lo sentí en el cuerpo, me dio un terrible dolor de panza, nunca lo olvido, me hablaba de otro tipo.

Esta imposibilidad de incorporar el abrupto cambio de imagen, de resistir que alguien tan próximo pudiera haber sido "otro", también aparece nítidamente en el relato de María K, una militante de base que integró el grupo familiar (junto con su marido y sus hijos) en cuya casa vivió Roberto Quieto en Córdoba desde noviembre de 1974 hasta mediados de diciembre de 1975, cuando la CN decidió el regreso a Buenos Aires. Durante muchos años recordé a Quieto en forma contradictoria. Por un lado, era aquél con quien viví más de un año, un tipo íntegro,

super honesto, estudioso, prolijo, muy receptivo, una persona excelente para convivir, todo lo que te diga es poco... Y por el otro lado, a resultas de lo que pasó, un hombre al que tuve una bronca terrible, por quien debimos pasar a la clandestinidad, algo muy difícil... Me sentí estafada por él, yo lo admiraba, le tenía un gran afecto... Y fue la bronca, de años... Cuando me contaron lo que había sucedido, que prácticamente se había entregado, sin huir, sin defenderse, no podía creerlo. Todos lo puteaban y yo no podía. Si un año vivimos juntos, pensaba, ¿puede alguien estar mintiendo cotidianamente? No, no lo creía. Me dijeron que había cantado todo, en fin, como que se había pasado de bando... Me decían que caían casas todos los días, que era un desastre... Fueron tiempos difíciles para mí. Es que Quieto era un tipo que tenía una conducta tal... nada de discursos, conducta. Era un tipo total, de una integridad muy fuerte...

Hubo militantes que replantearon la necesidad de rediscutir el tema de cómo actuar en la tortura a partir de los cambios operados en la metodología represiva. Otros se atrevieron a insinuar que la condena a Quieto pudo haber sido apresurada. ¿Y si estaba tratando de ganar tiempo y dándose alguna estrategia diferente ante sus captores? Por entonces, esto era totalmente inadmisibles. Poco tiempo antes se había fusilado a militantes acusados de dar información a las fuerzas de seguridad.

Lo cierto es que las explicaciones que dio la CN sobre la conducta de Quieto no fueron lo suficientemente convincentes ni lograron una aceptación unánime. En algunos, hasta alimentaron sospechas de que algo se ocultaba, no se sabía qué...

Estaba claro que Quieto debía ser sancionado, que un jefe no podía caer del modo en que ocurrió y, menos aun, dar información al enemigo. Pero también era imperioso entender cómo fue que se llegó a esa situación. Y esto fue lo que no cerró para una buena parte de la militancia. Si ahora era un traidor, esa transformación no podía haberse producido de la noche a la mañana. La Conducción lo atribuyó de entrada a la "debilidad ideológica" reveladas por reiteradas conductas suyas. Los militantes se preguntaban cómo era posible que, de ser así, sus compañeros de la CN las hubiesen tolerado (¿o no las habían percibido en tanto tiempo?), lo cual produjo un gran debate. Pero, además, aparecían interrogantes más inquietantes, sobre todo cuando la delación abría paso a la temida figura del traidor: le podía pasar a cualquiera ¿quién no tenía sus "debilidades"? Y esa angustia, ese temor se sumó a la decepción, el dolor y la bronca generados por la caída. En esta lógica no había otra posibilidad para el militante que pulirse como durísimo soldado de esa guerra, con disciplina de hierro, sin deslices. Y en última instancia no caer vivo. Ya comenzaba a atisbarse que la "solución" para que la organización no fuera destruida, no pasaría por modificar la política: residiría en la pastilla de cianuro.

II. El Negro Quieto

Roberto Quieto habría cumplido 38 años el 30 de enero de 1976. Miembro de una familia de clase media, hijo de un viajante de la firma Particulares que luego instaló su negocio propio, y de Josefa Argañaraz, maestra con años de ejercicio, había nacido en Buenos Aires pero pasó su infancia en San Nicolás donde la familia vivió once años, hasta 1956. Eran cuatro hermanos, José Luis, Osvaldo (El Vasco) y Carlitos, el menor. Allá, el mundo de los chicos giraba en torno al Paraná.

Roberto quiso evitar la “colimba”. Era estudioso y decidió ingresar al Colegio Militar: cuenta su hermano José Luis que, como su padre no estuvo de acuerdo, logró ir becado a partir de un examen de muy buen puntaje. A los dos años lo dejó porque no aguantaba el maltrato de un superior. Estudió abogacía en Buenos Aires (se recibió con medalla de honor en 1962) y trabajó entre tanto como boletero de cine de barrio, empleado en la Bolsa, luego en el Banco Nación. Era jovial. Para nada peleador ni pendenciero, un tipo muy negociador, paciente, muy político”, decía El Vasco.

En 1960 había viajado a Estados Unidos con el decano de la Facultad de Derecho y unos quince estudiantes de buen promedio invitados a un curso en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. Eduardo Jozami y él se iban por la noche a escuchar jazz al barrio francés. Allí nos hicimos amigos, nos llevábamos bien... El Negro era simpático. Pintonazo... Le gustaba comer bien, tomar un vino, y charlar... hablábamos mucho de política, de todo... Muy formal, un buen tipo..., evoca Jozami.

Al regresar de Estados Unidos, Quieto aprovechó para conocer Cuba, a un año de la revolución. Volvió deslumbrado. Tenía 24 años. Siendo consejero estudiantil comenzó a intervenir en política. Se afilió al Partido Comunista del cual se iría en 1963, con la disidencia que encabezó Juan Carlos Portantiero. Ganó espacio en la facultad, tenía una suerte de magnetismo difícilmente descifrable porque no era un gran orador; creo que estaba ligado a su gran modestia y a un modo de hablar consistente y sin ninguna grandilocuencia, dice Luis Kon, que fue compañero de facultad y trabajo.

En 1965 fue abogado del Sindicato de Prensa y partícipe de esa experiencia de la “nueva izquierda” con Eduardo Jozami, que era el secretario general y Emilio Jáuregui, titular de la Fe-

deración. Tras el golpe de Onganía, todo llevaba a la lucha armada que, decía entonces con un guiño cómplice, se viene con el Comandante a la cabeza... Primero fueron los grupos iniciales, luego el Ejército de Liberación Nacional (ELN), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y desde octubre de 1973, Quieto se convirtió en una de los dos caras visibles de Montoneros. En el medio, la fuga de Rawson, tras su primera detención, en 1971. Luego, en 1974, volvería a estar preso, esta vez a instancias de la derecha peronista. Fue liberado tras movilizaciones callejeras y mucha presión. Jorge Tuti Gadano describe un encuentro en Rawson: recuerdo que una vez mi visita coincidió con la que recibió María Antonia Berger de su mamá, en un recinto contiguo, unido al de los hombres por un pasillo donde montaba guardia un pelirrojo. Cuando le conté al Negro que estaba María Antonia al lado, quiso pasar para hablar con ella. El guardia le dijo que no se podía, y el Negro le contestó con una sonrisa y unas palmadas en el hombro "dejate de joder", y pasó...."

En 1964 se había casado con Alicia Testai, su novia desde que llegara a Buenos Aires. Un año después nació su hija Paola y en 1969 siguió Guido. Veía mucho a su madre y sus hermanos. Trabajaba en dos estudios jurídicos, mañana y tarde. Iba rigurosamente a la cancha de Boca, bailaba el tango, jugaba al billar y pasaba los veranos en El Ancla, una playa de Olivos, donde los Quieto instalaron todos los fines de semana su muy frecuentada carpa, desde 1958 hasta 1965. Extrañaban el Paraná. En San Nicolás vivíamos mañana y tarde en el río -contaba El Vasco-. Cuando vinimos a Buenos Aires no concebíamos la vida sin río. Aquí, en Olivos era más ajeno, pero lo mismo pusimos la carpa...

III. Juicio y castigo

El 3 de enero de 1976 –cuando habían pasado seis días de la detención de Quieto- la CN solicitó al Consejo Nacional de Montoneros que iniciara Juicio Revolucionario a Quieto por incumplimiento del deber revolucionario en su caída en manos de enemigo. El día 19, ante las evidencias de que ha proporcionado información al enemigo pidió que también se lo juzgara por el delito de delación.

Luego de que la CN reuniera diversos elementos en calidad de pruebas se constituyó el Tribunal Revolucionario que privó a Quieto de su grado, resolvió juzgarlo en ausencia y finalmente, el 14 de febrero, emitió la sentencia que días más tarde ratificaría el Consejo Nacional:

Este Tribunal Revolucionario ha encontrado a Roberto Quieto culpable de los delitos de DESERCIÓN EN OPERACIÓN y DELACIÓN, con los agravantes expuestos en los considerandos, y propone las penas de DEGRADACIÓN y MUERTE a ser aplicadas en el modo y oportunidad a determinar.

Las acusaciones

Luego de hacer una breve descripción de lo ocurrido en la playa (que acentúa la pasividad de Quieto ante la irrupción del grupo represor), el texto del Juicio difundido por Evita Montonera consigna que en la noche siguiente a su detención son ocupados por el enemigo dos importantes locales de la organización, uno de ellos con equipo de guerra (y luego) otros locales provocando las consiguientes desapariciones, secuestros, detenciones de compañeros y la pérdida de infraestructura. Señala que ante el conjunto de evidencias, detalladas en la sentencia, se decide suspender la campaña de denuncia y reivindicación de la figura de Quieto, volcándose ese esfuerzo a la denuncia de las atrocidades represivas, especialmente en Córdoba.

Respecto del modo en que se produce la caída, el Tribunal sostiene que Quieto violó con su conducta tres criterios básicos: que todo militante debe evitar los enfrentamientos sorpresivos, que debe estar en condiciones de tener éxito si se dieran y un tercer criterio (de vigencia tácita) desde que se implementa el modo represivo secuestro-interrogatorio-asesinato, y en especial desde las detenciones ocurridas en octubre en Córdoba, ya que la captura de alguien, aunque resista la tortura, daña a la organización en términos de infraestructura abandonada y militantes clandestinizados) que es no caer vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento.

En cuanto a la acusación de “delación”, se la fundamenta en las ocupaciones de locales de la OPM por el enemigo que ocurren a partir de las 24 horas de la detención del acusado, siendo todos datos de su conocimiento. Se considera que no constituye un atenuante la presunción de tortura (nuestra experiencia demuestra que es posible no hablar bajo tortura, aun en sus

formas actuales, señala el documento) y menos aun estando presentes los agravantes del nivel que tenía (Quieto) la rapidez con la que habló y la importancia de la información dada al enemigo.

Las causas del delito

¿Cómo explica el Tribunal que Quieto haya llegado a priorizar su preservación personal a la de la organización? Por la presencia del liberalismo y el egoísmo individualistas, productos de la influencia de la ideología enemiga, que se registra en la conducta de Quieto. Sus antecedentes -subraya- han aparecido en varias oportunidades en problemas concernientes a sus relaciones de pareja y a la mala resolución de cuestiones de la vida familiar, en su liberalismo respecto de las normas de seguridad y en su no asunción a fondo de todas las implicancias de la clandestinidad.

Según el texto, estos antecedentes revelan algunos rasgos individualistas y liberales que llevados a su máxima expresión no sólo (explican) los mecanismos que llevaron a la detención de Quieto sino también los que determinaron su claudicación ante el enemigo. [...] Esa debilidad de un jefe que se piensa a si mismo como una excepción conduce en su expresión máxima a la delación.

Y fue posible que llegara a pensarse como excepción, según el Tribunal, por olvidar que el principal protagonista del proceso revolucionario es el pueblo y no los dirigentes individuales. Se explica que este olvido fue facilitado porque el tipo de militancia de Quieto (el foco, la cárcel, el exilio, las funciones de conducción) le impidieron hacer la práctica directa de la construcción organizativa en los frentes de masas.

Héroes y traidores

La difusión del Juicio fue acompañada de la exaltación de números casos de militantes cuya caída muestra la posibilidad de una resistencia heroica. El Evita Montonera No. 12 es un ejemplo: Carlos Olmedo y José Sabino Navarro: dos modelos a seguir, reza el epígrafe de la foto que ilustra la nota sobre el Juicio a Quieto. Además de otros dos artículos en igual sentido, la contratapa, bajo el título La conducta revolucionaria presenta dos casos heroicos. La derrota sufrida por el pueblo con la detención y la traición del Dr. Roberto Quieto no debe engañarnos, sostiene la nota, subrayando que se trata de excepciones individuales y que la combatividad y el heroísmo son la conducta normal de los cuadros montoneros.

El juicio a Quieto hace eje en varias actitudes relacionadas con su vida personal y a violaciones de las normas impuestas por la clandestinidad. La explicación de su conducta se circunscribe al aspecto ideológico: sus debilidades en este aspecto habrían guiado la conducta irresponsable que llevó a su caída, y exasperadas al máximo por la situación de secuestro, habrían determinado su claudicación.

En las organizaciones armadas lo ideológico era importante, sobre todo por la necesidad de sustentar una práctica militante que requería el sacrificio personal, el heroísmo y la renuncia a logros individuales. Pero no podía suplir a la política. No parece haber sido suficiente ni para explicar lo ocurrido con Quieto ni, tal como se vería posteriormente con los logros de la represión, para esfumar como por arte de magia la sensación de derrota política con la que caían los militantes.

Del mismo modo se trataban superficial y parcialmente aspectos conflictivos que merecían otro abordaje. Por ejemplo el de la relación de los militantes con su familia y con el mundo exterior, un tema estrechamente vinculado a la intensificación del aislamiento político generado por el militarismo y la represión. Era una cuestión que creaba muchos conflictos y multitud de trasgresiones ocultas (y hasta toleradas calladamente) y que aunque merecía un abordaje político, era confinada a las debilidades del “deber ser”.

También resultó esquemático e insuficiente para muchos militantes lo referido a las acusaciones de delación. Se sabía que mucho de lo conocido por Quieto no había caído, la información no era precisa respecto de lo que había informado al enemigo y la cuestión del “plazo” para callar en la tortura era un tema en discusión. Donde hubo más acuerdo fue en lo referido a que un miembro de la Conducción no podía actuar de ese modo. Pero aun así, pocos lograban reconocer a Quieto en el traidor que, según los informes, había logrado que fueran capturados decenas de compañeros.

Otro aspecto que planteó dudas fue el de la discusión dentro de la CN. Esto no se incluyó en las explicaciones de la conducción al conjunto de la militancia pero se sabía que había sido tratado en el Consejo Nacional y en niveles altos. De acuerdo al relato de Scarpatti, la CN planteó que lo ocurrido con Quieto se vinculaba con un deficitario procesamiento en ese ámbito de la fusión entre FAR y Montoneros lo cual daba un indicio de posibles dificultades en el intercambio que debía darse en ese ámbito.

Una cuestión que ya se discutía y pasó a primer plano en el debate sobre Quieto es el de la resistencia a la tortura en el marco de los cambios en la metodología represiva, sus logros y la necesidad de una respuesta acorde. Se planteaba la urgencia de discutir qué estaba pasando, de ir más allá del está demostrado que la tortura se aguanta, todo depende de la seguridad ideológica.

Frente a cada caída todo se explica por falencias individuales -decía Carlos Goldemberg (según el relato de La Voluntad) en relación al informe de la Conducción sobre Quieto. No quieren entender que los problemas no son individuales sino que cambió de estrategia el enemigo [...] Aquí hay una nueva metodología represiva [...] y eso no se puede ignorar [...] Tenemos que hacer algo, pero no sólo decirles a los compañeros que hay que aguantar [...] la cuestión sería tomar decisiones políticas de conjunto de qué hacer con la nueva etapa , no pedirles a los compañeros que se la manquen...

Este fue un tema clave en las caídas de los militantes.

Juan Gasparini, que dedica en su libro sobre Montoneros varias páginas y mucho pensamiento lúcido a esta cuestión, señala: Justamente cuando la tortura da un salto descomunal desaparece el sostén de la victoria posible: "Si las cantadas fueran por debilidades ideológicas lo mejor sería bajar la cortina porque la ideología se modifica en medio siglo. Es por falta de confianza en un proyecto, debido a los grandes errores cometidos, apuntan los 'papeles' de Walsh..."

En el ya citado reportaje de Pigna a Firmenich, al explicar que se buscó sentar doctrina sobre la sanción ante la conducta en manos del enemigo, ratifica la misma concepción que manejó Montoneros. Precisamente, todo lo que no fue tomado en cuenta en el caso Quieto al proclamar como verdad indiscutible que la tortura se aguanta es que tanto él como el resto de los detenidos afrontaron cambios en la metodología represiva que merecían considerarse especialmente, y que ya estaba planteada, aunque luego será mucho mas clara y acuciante, la cuestión de la resistencia a la tortura en un contexto de derrota. (Justamente esto, la negativa a aceptar la derrota, es uno de los ejes que obtura el debate sobre esa etapa de la militancia).

IV - Lo que no se supo

Por distintas razones no tuvieron espacio en la prensa montonera ni, al parecer, en las circulares de difusión interna, otras circunstancias inherentes a la caída de Quieto que no pudieron ser ignoradas al considerar los hechos ocurridos y cuyo conocimiento ayuda a entender algunos aspectos de lo ocurrido e incorpora factores pasibles de ser tomados en cuenta (sobre todo, en cuanto a la acusación de “delación”).

* Es sabido -y así lo afirman las fuentes consultadas- que es mucha la información conocida por Quieto que éste no proporcionó a sus captores a juzgar por lo que NO cayó: la CN (que se reuniría al día siguiente en un local conocido por Quieto que cayó pasadas las 24 horas de su secuestro), información relativa a infraestructura, finanzas, inversiones, prensa y propaganda, logística, instalaciones, operaciones programadas, domicilios de militantes de alto nivel, (Roque, María Antonia Berger) y de otros.

Según Fernando Vaca Narvaja: Quieto no colabora, canta, y algo, después de 24 horas.... Eso es lo que ocurre. Y él sabía que el reflejo automático sería actuar preventivamente, levantar todo en las primeras 24 horas, lo sabía... El Negro tenía muchísima información: si hubiera colaborado, si se hubiera pasado de bando habría hecho estragos. Está claro que cantó algo.

-¿No se fue muy duro con él?

-En el contexto de entonces, un miembro de la CN no tenía permitidas conductas que otros sí. De ahí la extrema dureza. Pero se nos fue la mano.

En este sentido, esta descripción es coincidente con lo que testimonia Juan Carlos Scarpatti, ex detenido en Campo de Mayo: los represores hablaban con respeto de Quieto porque pese a las brutales torturas a las que se lo sometió no pudieron obtener de él la información que les interesaba.

* Quieto contaba, para manejarse en los interrogatorios, con la seguridad de que su captura tendría rápida difusión (haciendo saltar la emergencia y los dispositivos de seguridad entre sus compañeros) a partir de que el operativo fue presenciado por centenares de personas, muchas de cuales fueron obligadas a hacer cuerpo a tierra por un grupo armado que entró y salió tirando ráfagas de ametralladoras.

A estas circunstancias se suman las instrucciones que Quieto había impartido a su familia (y que ésta cumplió rigurosamente) en relación a denunciar y accionar de inmediato si se planteaba alguna situación como la ocurrida. La noticia fue difundida profusamente y de inmediato. De ahí que el día 29 fueran “levantados” algunos lugares conocidos por Quieto y alertados los militantes que podían concurrir. Los integrantes de la CN de Montoneros, que sin dudas eran seguramente el objetivo más buscado por las fuerzas represivas, no fueron apresados porque, alertados, aplicaron las reglas de emergencia y porque Quieto no dio la información en el lapso de 24 horas.

V. Zonas de riesgo: Doble vida, familia y clandestinidad

Quieto tenía una relación de pareja que era previa y desvinculada de su militancia. Al principio, actividad política y pareja, no contrapuestas pero sí autónomas, convivieron cada cual por su lado, vinculadas a través de las relaciones familiares y sociales. Así continuó aun en la primera etapa de la lucha armada, cuando el núcleo inicial de las FAR llevaba una “doble vida” de ciudadanos comunes, corrientes y sin ninguna actividad política que militaban frenética, secreta y clandestinamente en la construcción del foco guerrillero. Nadie podía imaginar que el Dr. Roberto Quieto, abogado dedicado intensamente a su profesión tuviese relación alguna con espectaculares operaciones guerrilleras como con la voladura simultánea de varios supermerca-

dos Minimax de la cadena Rockefeller o la ocupación de un pueblo. El mismo día la toma de Garín a las 9 de la mañana, el Negro estuvo en una audiencia en San Isidro a las 12, y así ocurrió, para sorpresa de los jueces de la Cámara Federal de La Plata, relató un abogado amigo. Pero el equilibrio comenzó a romperse cuando Quieto fue descubierto (en 1971) y tras estar preso, fugarse de Rawson y regresar al país debió vivir en la clandestinidad. Al ser detenido por primera vez, Quieto ya no era un pibe y a diferencia de otros compañeros suyos de esa época, venía con una familia constituida: su esposa, que nunca se incorporó a la militancia, y dos chicos que en 1971 tenían seis y dos años. La clandestinidad, ya de entrada, se le hizo dificultosa y conflictiva, no sólo porque implicaba la posibilidad de un aislamiento que siempre vio como riesgoso sino también y especialmente por la distancia con sus hijos y de sus núcleos afectivos. Esta cuestión del Negro queriendo ver a su familia ya venía desde los tiempos de la proto FAR dice Eusebio Maestre, que compartió su militancia. Si por ir a ver a su hija recién operada cayó por primera vez, el 4 de julio de 1971... Por eso durante mucho tiempo le hicimos el equipo de protección para estos encuentros, era algo un tanto ad hoc, pero bastante eficiente. Eso fue antes de nuestra fusión con Montoneros.

Todo se complicó mucho más con su lugar en la conducción de Montoneros y el fin de la “primavera” a partir de fines de 1973. Su mujer, que siguió acompañándolo en muchos aspectos de su vida, nunca aceptó incorporarse a la organización. Quieto no encontró salida a esta situación que ponía en juego la separación de su familia, la del contacto con sus hijos, y que se prolongó, con idas y vueltas, durante todos esos años afectándolo hondamente.

Para la familia, el hecho de encontrarse con cierta frecuencia no era novedoso. Hacía años que él vivía clandestino o semiclandestino y siempre, de acuerdo a las condiciones del momento, mantuvo la relación. Roberto era “familiar” y afectuoso: la Pepa, su madre, y los tres hermanos formaron parte sustancial de su vida, compartiendo las buenas y las malas. Hasta el pase a la clandestinidad de Montoneros, en septiembre de 1974, Quieto se las arregló (aunque un poco a los saltos) para vivir con su esposa y sus hijos en casas manejadas con resguardo. Pero la situación cambió con el relanzamiento de la lucha armada y, más aun, con el traslado de la CN a la ciudad de Córdoba. La mujer de Quieto no aceptó vivir en las nuevas condiciones que, estaba convencida, arriesgaban la vida de sus hijos y se quedó con ellos en Buenos Aires. Quieto se instaló en Córdoba, donde vivió un año en la casa de un militante y su familia. Fue un período de fuerte ofensiva militar montonera y de avances de la represión que ya perfilaban con su metodología clandestina y criminal, lo que institucionalizaría el golpe de 1976. Quieto viajaba todos los meses a la Capital donde tenía algunas tareas a su cargo; era entonces cuando veía a sus hijos en la casa de algún amigo no militante o a veces en lugares públicos que permitieran a la familia pasar disimulada entre muchas otras que frecuentaban el sitio. Así organizaron algunos encuentros en el Parque Pereyra Iraola, y hacia el verano fueron dos o tres veces a la playa de Martínez. A algunos amigos no parece haberle ocultado estos encuentros. Muy poco después del secuestro, María Antonia Berguer contó a la autora de esta nota que el día anterior Quieto le había confiado que vería a su familia en un lugar público. Tranquila, es un sitio seguro, ya hemos ido alguna vez, le dijo.

¿Negación del peligro? En opinión de Alicia, su cuñada: Puede ser, pero también algo de saturación... Le debía costar mucho sostener la separación tanto tiempo y tal vez llegó a convenirse de que nada ocurriría... Todos cuentan que en el momento se puso inmensamente pálido... No queda claro qué sabían de todo esto sus compañeros de la CN que, según el juicio, daban por separada a la pareja desde hacía bastante tiempo y afirman que no estaban al tanto de los encuentros. No parece razonable creer que supusieran que Quieto no veía a sus hijos. En ese caso, y dado que había problemas de seguridad en estos encuentros, en un funcionamiento con buena integración deberían haber conocido cómo los resolvía.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que en el marco de los valores de las organizaciones armadas estos eran temas de difícil resolución y tratamiento, más aun al incrementarse la militarización con el refuerzo de las medidas de seguridad, la despersonalización, la sustitución de relaciones solidarias por la autoridad y la disciplina, entre otros efectos. La lógica de la seguridad no podía dar cabida a situaciones ambiguas (lo cual, sin dudas dejaba afuera a potenciales militantes y generaba conflictos personales). La receta pasaba por la fortaleza ideológica y/o la gran convicción política para afrontarlos.

Esas eran las reglas del juego, particularmente vigentes en los tiempos de "guerra" y con cierta relajación en las pasajeras "primaveras", que para 1975 ya no existían. Si un miembro de la pareja no militaba, no tenía otra opción para continuar la vida en común que acatar las normas y la disciplina de la organización. Obviamente, a quienes decidían separarse y tenían hijos, la clandestinidad les generaba situaciones difíciles de sobrellevar.

Soledades y desánimos

Ya en el momento de su caída, los familiares de Quieto coincidían en afirmar que se encontraba mal anímicamente. En los últimos tiempos lo veían más reservado que lo habitual, preocupado, con un gran cansancio. Incluso alguno de ellos comentó que hablaba poco y que en uno de los últimos encuentros pasó un tiempo considerable durmiendo. Esta imagen de agotamiento y de cierto descuido era compartida por uno de sus viejos amigos, que no era militante, a quien también había ido a buscar algunos fines de semana. Me llamó la atención esta común

descripción de Quieto como una persona preocupada y abatida, pero, como puede constatarse en el Juicio y los informes que se publicaron, la CN no consideró relevante mencionarla.

Esa percepción que trasmitían sus familiares sigue estando presente en las charlas actuales: Lo vi mal en los últimos tiempos, muy reconcentrado -dice su hermano mayor, Jose Luis- no era el de siempre, estaba sin entusiasmo. Una semana antes había estado con él y lo noté caído, un semblante diferente. Un día muy frío nos encontramos con una encerrona en la rotonda de Alpagatas y se puso muy nervioso, no era habitual en él que se mantenía siempre calmo... Su cuñada Alicia recuerda que lo llevó en su auto al último encuentro familiar en el parque Pereyra Iraola. Estaba muy mal anímicamente. Nunca lo había visto así, tan preocupado... Lo atribuí a la caída de Marcos Osatinsky, que era reciente y que comentó, creo que fue un golpe fuertísimo para él...

Los compañeros y amigos que lo vieron ese año sostienen que más que abatimiento notaron preocupación, cansancio y una evidente búsqueda de vínculos afectivos. Son muchos quienes relatan esos encuentros que, en la mayoría de los casos, se daban por fuera de los canales orgánicos: antiguos compañeros, amigos de otros tiempos, de quienes conocía su historia, su casa, su familia. El relato es coincidente: Un día sonaba el timbre y era el Negro. Cada tanto, caía en casa... venía a charlar, a cambiar ideas, a veces se quedaba a dormir.

Todos cuentan que andaba solo, sin custodia ni nadie que lo acompañara. ¿Se la ofrecieron? ¿La rechazó? Es probable. Y también que nadie se la haya impuesto. Pero no era una cuestión desconocida. Alrededor de un mes antes del secuestro, un compañero contó que lo había visto al Negro Quieto empujando su coche en una avenida céntrica... Nos pareció cosa de locos... ¿andaba solo por la calle?... Se lo comentamos a un militante que lo veía regularmente y restó importancia al asunto. Y ahí quedó. Recientemente, durante una entrevista con Juan Carlos Portantiero reapareció esa historia. Quieto, amigo de años, había ido un día a su casa, donde estuvieron conversando. Portantiero narra que a los pocos minutos de irse, el Negro regresó. Suena el timbre del portero eléctrico y lo escucho: “¿Puedo subir?”. Cuando llega, me dice que se le pinchó la goma del auto. Me quedé mirándolo. ¿Vos viniste solo?, le pregunté. “Sí, vine solo”, respondió. No me explicó porqué.”

Su hermano José Luis dice que algunas veces fue a buscarlo para que lo acompañara. Una vez, en mayo de 1975, a tomar el ómnibus para Córdoba; otra, el día del ataque a Formosa, lo acompañó a tomar el tren, también para Córdoba.

Jorge Tuti Gadano y Alicia Gillone, entonces su mujer, vivían en 1975 en un departamento en la calle Corrientes casi Dorrego, de la Capital. Eran muy amigos desde la facultad, luego com-

partieron trabajo y algún trecho de la militancia en los sesenta. Ya en plena lucha armada, cada tanto se encontraban. En los últimos meses de 1975, Quieto se había llegado dos o tres veces a la casa del matrimonio. Mi impresión es que lo hacía buscando un ambiente hogareño para descansar. No recuerdo que él y yo habláramos de política, parecía cansado de ánimo. Lo que llamaba la atención era que jugaba mucho con mis chicos, y eso me hacía pensar que extrañaba a los suyos. No sé con qué palabras, ni si había palabras, pero lo que transmitía era cansancio, un estado de ánimo que contrastaba con el que mostraba cuando estaba preso en el penal de Rawson, donde él y Marcos aparecían como dos tipos felices.

Alicia lo quería mucho: él estaba solo, circulaba solo, a veces se quedaba a dormir y se iba muy temprano... Sé que también visitaba a otros amigos, y todos nos preguntamos más tarde: si era evidente que andaba mal...¿ por qué no lo cuidaron sus compañeros de Conducción..?En lo personal yo lo veía nostálgico, entristecido, pero sobre todo agobiado... Tenía mucho afecto a flor de piel.

También llamaba la atención que durmiera fuera de su casa. Obviamente nadie preguntaba. Además resultaba lógico (por seguridad no convenía andar de noche) porque cada uno lo pensaba como un hecho aislado. A los amigos les sorprendió, luego de su caída, enterarse de que no era así sino un hecho que se multiplicaba. Ignoraban que vivía en Córdoba, que aquí, en realidad, estaba de paso.. Andaba como suelto, sin horario fijo -dice Beto Borro, a quien visitaba en su casa, próxima a Retiro, y que alguna vez lo acompañó a tomar el tren. Ahora me doy cuenta que estaba sin agenda fija, sin rutina... Siendo clandestino, no pudiendo ver a la familia... era como no tener retaguardia, adonde replegarse.

A algunos militantes que tuvieron mayor nivel en Montoneros, la cuestión no les asombra. Creo que la CN tenía un funcionamiento muy laxo -señala Chacho- ni el Negro debe haber querido tener custodia, ni los demás se interesaban por él. Jorge Lewinger piensa algo similar: Mas bien creo que los de la Conducción no se preocupaban, debían estar cada uno en lo suyo. No tenían que rendir cuentas a nadie por encima de ellos... Mi impresión es que cada cual se las arreglaba por su lado... Otros militantes no opinan del mismo modo. Sin entrar en detalles, sugieren que la situación con Quieto era difícil de manejar. Continuamente creaba problemas con sus cuestiones familiares, con sus viajes a Buenos Aires y su incumplimiento de las normas, comentó un ex militante que estaba en Córdoba. Quizás no se sabía muy bien cómo actuar, o se le consentía alguna trasgresión precisamente porque se lo veía preocupado por sus problemas, confiaba Alberioni.

El peso de lo político

Desde el primer momento, la CN obvió considerar la incidencia que en la caída de Quieto podría haber tenido la cuestión política, es decir su convicción, dudas o falta de confianza en el proyecto político, a partir de cómo se lo estaba desarrollando. La explicación se reducía a las falencias ideológicas que se habrían expresado en su manejo de problemas personales. Este divorcio entre la política y las cuestiones dirigidas a garantizar el funcionamiento y la perduración de la organización fue inherente a los grupos armados de distinto signo, y se acentuó al incrementarse la represión. Una afirmación tan obvia como “las diferencias políticas no justifican la delación” podía llegar a usarse para impedir un debate sobre la capacidad de resistir la tortura o, peor aun, para sustituir la elemental verdad de que la falta de confianza en la política implementada socava la moral de lucha de un militante y debilita su resistencia.

De todos modos, en este caso puntual, se eligió centrar la crítica a Quieto en el “deber ser” individual prescripto ideológicamente, entre otras razones, quizás por ser más “disciplinador” que el revuelo generado por un panorama que revelara diferentes enfoques sobre cuestiones que gran parte de la militancia ni siquiera sabía que se discutían o desconocía las propuestas existentes. El mecanismo vertical de transmisión interna -podía discutirse entre los miembros de un nivel pero lo que se “bajaba” a los subordinados era la postura oficial sin fisuras- no dejaba resquicios que posibilitaran a éstos participar en el debate.

Aun en tiempos recientes, Firmenich se refiere a la caída de Quieto a partir de los “problemas familiares” y queda claro en sus palabras que lo que importó entonces no fue entender qué estaba pasando -con Quieto, la política, con la represión (lo cual podría haber dado la oportunidad de reformular políticas y aunque sea reducir significativamente los costos en vidas de la masacre) sino el valor ejemplificador que querían darle al caso. Claro, con ciertos detalles. Por un lado, se condenaba a Quieto por haber hablado en la tortura (“la tortura se aguanta” era el axioma vigente). Por el otro (por si acaso, nunca se sabe) se decide que los integrantes de la CN debían llevar obligatoriamente la pastilla de cianuro (lo cual implicaba reconocer que no había seguridad de resistir la tortura) .

Quizá como contrapartida a la sustracción de lo político, en algunos sectores de las bases militantes, quedó una imagen de Quieto depositario-adalid de muchas causas perdidas: el rechazo al pase a la clandestinidad, el desacuerdo con el enfrentamiento a Perón, la oposición al reemplazo de la política por lo militar... (posiciones que ni se sabe si propició o no). Para nosotros, Quieto venía marcando diferencias desde hacía tiempo... o por lo menos así lo creíamos en los

debates inorgánicos que teníamos. Quizás haya sido medio subjetivo, pero yo, que venía del PB, siempre me sentí mas cerca de sus posturas políticas sobre la militarización y el pase a la clandestinidad que las atribuidas al Pepe...dice Patricia, militante de Córdoba.

Más allá de sentencias y esperanzas, lo cierto es que Quieto fue un militante cuya existencia se estructuró y giró sobre lo político y este aspecto medular no puede obviarse ni sustraerse a la hora de entender su final. Si bajó la guardia cometiendo errores como el que condujo a su caída, hay que suponer que debía estar golpeado por algo más que problemas personales (que, aun siendo serios, nunca habían ocupado el centro de la escena). Alguien como Roberto Quieto, que toda su vida manejó con equilibrio sus propias contradicciones, no podía desmoronarse anímicamente -como lo vieron en la última época familiares y amigos- sino fuera porque tambaleara lo que siempre lo sostuvo: su pasión por la política, su confianza en que el proyecto político de Montoneros iba por buen camino.

Es sobre esta base que entrevisté a personas vinculadas a Quieto buscando saber qué pensaba políticamente, cuál era su posición sobre la línea política de Montoneros y si planteaba sus posiciones en los ámbitos internos. Lo logrado no es mucho más que una suma de indicios acerca de la crisis política que atravesaba. Llegar a un conocimiento cabal de lo ocurrido requeriría un exhaustivo trabajo de investigación sobre la historia montonera y sus documentos públicos e internos, que supera ampliamente las aspiraciones de este artículo. Por ahora, sólo se trata de aportar esos testimonios y opiniones que quizá s colaboren a echar luz sobre cuestiones que quedaron a un lado por diversos factores, desde las dificultades para informarse y discutir en medio de los embates represivos hasta los mecanismos internos organizativos que ahogaban la posibilidad del debate.

El periodista Juan Gasparini, que investigó en su oportunidad el funcionamiento de la conducción montonera, sostiene que Quieto pidió en 1975 alejarse de la CN aduciendo diferencias y problemas personales, pero que en lugar de acceder a su solicitud, lo pasaron del número 2 al 3 en la jerarquía de mandos. Aunque tanto Firmenich como Perdía sostienen que Quieto siempre fue el número 3, los militantes provenientes de las FAR consultados manifiestan serias dudas de que fuera así.

Por otra parte, diversas consultas dan cuenta de que en el debate generado acerca de la posibilidad del golpe de estado, Quieto se orientaba claramente hacia fortalecer la oposición civil al gobierno de Isabel y plantear el adelanto de las elecciones, lo que suponía poner el eje en la actividad política y no en la acción militar que favoreciera el advenimiento del golpe (y que no pocos preferían para “terminar con la ambigüedad que genera el gobierno de Isabel y visualizar claramente al enemigo”).

Según Jorge Lewinger, a Quieto le preocupaba que se llegara o no a las elecciones, y cómo se actuaba para eso. Apostaba a que no habría golpe, que se entraría en una etapa política. Y era claramente lo que él prefería... Era, además, lo mas coherente con su modo de ser y de pensar. El era político, negociador.

En eso andaba, en organizar un frente político de oposición a Isabel. Se sabe que con ese fin integrantes de varios partidos políticos habían concertado una reunión con Quieto que debía realizarse unos días después de su caída.

Según aseguran Lewinger y otros ex militantes, Quieto planteó el tema de la política ante el golpe en los ámbitos de conducción. De todos modos, no fueron suyas las propuestas que se impusieron en la Organización. En la última reunión del Consejo Superior Montonero de 1975, efectuada en octubre, las resoluciones tomadas correspondieron a la posición que, de hecho, favorecían al golpe.

Gasparini cuenta que el militante responsable de organizar esa reunión y que no participaba en ella, le relató que durante un intervalo y mientras caminaba por uno de los pasillos, Quieto, a quien conocía hacía rato, le pasó un brazo por el hombro y por lo bajo le dijo: 'Bichito, acá nos matan a todos'.

Según manifestaciones posteriores de Firmenich, queda claro que no pensaba lo mismo. A fin de octubre de 1975, cuando todavía estaba el gobierno de Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año -dijo al periodista de L'Espresso en 1977- No hicimos nada por impedirlo porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna del movimiento peronista. Hicimos en cambio nuestros cálculos, cálculos de guerra, y nos preparamos a soportar, en el primer año, un número de pérdidas humanas no inferior a mil quinientas bajas.

Al parecer no le resultaba fácil a Quieto llevar adelante la discusión en la conducción montonera. Así se lo dijo a Eusebio Mestre, tras la extensa charla que sostuvieron durante la noche del 24 de diciembre y en la que pasaron a revista a las críticas que infructuosamente venía haciendo Mestre desde hacía tiempo y a otros problemas de la línea montonera: El coincidía con las diferencias y cuestiones que yo planteaba, como si siempre hubiésemos seguido viéndonos... Pero decía que el pensamiento dominante en la CN era otro, que él no estaba en una situación cómoda, que la corriente venía totalmente en otro sentido, pero que seguiría planteando sus postura. Subrayó que era muy difícil discutir, que él se sentía muy solo.

Al borde del ring

Unos 15 días antes de su detención tuvimos una conversación con Quieto que fue patética, patética porque nos encontramos con un dirigente derrotado, aniquilado, sin posibilidad de cambiar una situación en la dirección del movimiento, desconfiando profundamente de lo que ese movimiento estaba diciendo pero obligado a defender cosas absurdas como la creencia de que una confrontación frontal con el ejército podía llevarlos a ellos al triunfo. Eso no lo creía Quieto. Quieto era un hombre que estaba derrotado antes, y yo creo que su detención es la consecuencia lógica de este desplome moral, diría, y político que se produjo en este hombre, dijo Pancho Aricó al referirse a la evolución de Montoneros en una entrevista de 1992. Conocía a Quieto desde hacía mucho y fue precisamente a través suyo que Aricó y otros miembros de Pasado y Presente, sostuvieron diálogos y debates con Montoneros en los primeros setenta, cuando llegaron a tener expectativas en que esa fuerza de izquierda que surgía en el peronismo podía avanzar hacia transformarse en la anhelada organización revolucionaria de masas.

Quieto se encontró con Aricó a partir de conversar con Juan Carlos Portantiero, antiguo amigo y compañero de las primera militancias en la Juventud Comunista y luego en Vanguardia Revolucionaria, grupo disidente que rompió con el PC a principios de los sesenta. Dice Portantiero: Un día tocó el timbre en mi casa .No mucho antes de que lo secuestraran. Me sorprendí, hacía muchísimo que no lo veía, desde antes de 1971, cuando íbamos a ver a Boca. Y ahí estaba ahora. Creo que retomaba vínculos afectivos. Pero, que quede claro: venía a hablar de política, no de fútbol...

-¿De algún tema en particular?

-Planteaba cuestiones políticas , preguntaba cómo las veía yo... En ningún momento se refirió a la Conducción Montonera, quiero subrayarlo... Criticaba con énfasis la militarización, consideraba negativo el desafío personal a Perón.... El Negro no teorizaba, comentaba esos hechos, estaba preocupado. La segunda vez que nos vimos le sugerí una reunión con Pancho (Aricó). Nos reunimos en Vicente López. Creo que buscaba encontrar otras voces anteriores a su inmersión en Montoneros. Quería escuchar...

-¿Buscaba elementos para el debate?

-Puede ser, preguntaba mucho qué pensábamos de tal tema ("¿Qué te parece...?") Eso no lo hace un jefe de la Organización si no está en conflicto... Pero nunca habló de la interna, jamás... Recuerdo que sobre la situación que se estaba viviendo dijo: "Es como una pelea de box, nos rompen la cabeza, y si se aguanta se sale." Como un boxeador vapuleado, medio grogui, un boxeador al borde del nok out, ésa era la imagen...

-¿Qué pensaste que le pasaba?

-Mi impresión es que era un tipo quebrado, en el sentido moral desmoralizado... Que no se animaba a decirlo, pero sentía que ya era una causa perdida. Y su actitud era de búsqueda de afecto. A mi me quedó la imagen del boxeador al borde del ring, del nok out...

El encuentro con Portantiero y Aricó es indicativo de que Quieto estaba en crisis y desorientado. Esto ocurrió sobre fines de noviembre y diciembre, cuando ya regresaba de Córdoba para instalarse en Buenos Aires. Quizás por el respeto y el afecto que les tenía y también porque no estaban en Montoneros, se explayó más con ellos que con otros interlocutores.

Desde otro lugar, un amigo a quien veía con cierta frecuencia, ni peronista ni montonero, hizo una reflexión similar. Raul S. relata que en algunos encuentros él no escatimaba sus críticas a la organización. Por cómo era el Negro, por el modo en que contestaba esas críticas, que en general no avalaba, yo me quedaba pensando que aunque no lo dijera, él sabía que había cosas fuertes que no andaban, él se daba cuenta que el pase a la clandestinidad había sido un gran error... cuando mucho después leí los papeles de Walsh pensé que esos textos, escritos como un año después de la caída del Negro, representaban lo que yo percibía que él tenía en la cabeza...

Por su parte, Fernando Vaca Narvaja no niega que Quieto pudo haber tenido diferencias políticas, pero que éstas eran las habituales en cualquier debate político. Está convencido de que lo que incidió negativamente fueron sus problemas personales. Eso lo bajoneó... Muchos caímos por eso, porque algo nos estaba pasando... A él no le asombro el modo en que cayó, sino que hablara: no lo podía creer. Me golpeó muy fuerte...

Eduardo Jozami insiste en la complejidad del caso de Roberto Quieto. Por un lado -dice- hay un trasfondo político de crisis en relación con la política y perspectivas de Montoneros muy importante. Pero también las cuestiones de su vida personal pesan de un modo muy particular y, además, la creciente clandestinización de la organización y el incremento de la represión hac-

ían más difícil convivir con esas contradicciones de su vida personal. A la vez, el intento de reivindicar la política que él perseguía, en la medida que no se abandonara la estrategia de guerra estaba necesariamente destinado a fracasar.

Resulta notorio que en varios de los encuentros que tuvo en esos últimos meses con compañeros vinculados a la organización, Quieto mostró cautela y sobriedad. Quizá porque le preocupaba alimentar eventuales fisuras internas; o tal vez porque ése era su estilo, su modo de discutir, Quieto se manejó con reserva. En algún caso defendió posiciones con las que no acordaba, en otros apoyó los cuestionamientos y pidió paciencia, alentando la posibilidad de que las cosas cambiaran. Su discurso ante nuestras críticas suponía una reformulación de lo que se estaba haciendo y un cuestionamiento del militarismo. Pero insistía en pedirnos paciencia, en que esperáramos hasta que, después del verano, se creara el partido y pudiera lanzarse el debate político, relata Alicia Gillone.

Beto Borro, amigo desde las lides universitarias, percibió una actitud elusiva. Cuando en 1975 le hacía planteos políticos me respondía con respuestas casi administrativas, del aparato... Ya no era el Negro de los primeros años, abierto, referenciado en el movimiento de masas... Al menos conmigo eludía la discusión política...

Quieto mantuvo un proceso de discusión con Marcelo C., un cuadro político de trayectoria, que hacia mediados de 1975 planteó serias diferencias con la Organización. Quieto, que lo conocía y apreciaba, se reunió varias veces con él y, coincidiendo con varios de sus principales cuestionamientos, le explicó que había posibilidades de modificar la situación y le propuso que lo acompañara. Marcelo aceptó, pero al tiempo decidió alejarse de Montoneros. Según relató en aquella oportunidad a un compañero:

El Negro estaba planteando una posición muy crítica frente a la línea militar pero sus planteos no tenían eco: no le daban bola, y lo iban dejando de lado por sus diferencias. Llegó un momento en que tuve claro que no había posibilidades, Quieto había intentado dar la pelea política pero no logró hacerlo. Lo vi muy mal.

Las escasas charlas que se conocen con algunos compañeros provenientes de las FAR dan cuenta de que le preocupaba el curso que tomaba la política de Montoneros y la no visualización de salidas para modificar la situación. Eusebio Maestre y Luisa Galli subrayan que en la extensa conversación que tuvieron el 24 de diciembre, Quieto coincidía con los planteos críticos que ellos hacían. Fue una charla a calzón quitado -dice Maestre- hablamos del militarismo, de cómo se había dejado de lado el modo de hacer política que nos llevó a crecer, del tratamiento de las diferencias internas...Yo insistí en que esa política nos conducía al suicidio, que

estábamos yendo un enfrentamiento que no podríamos soportar por nuestro creciente aislamiento político... El compartía todo eso, lo que le preocupaba era cómo abordar la situación, la dificultad para discutir en la CN. Creo que sólo hablaba francamente con Lino (Roqué), que acordaba con él pero insistía en actuar con mucho cuidado... Hablamos del manejo interno, de que cuando no había respuesta a las diferencias o críticas políticas, te cortaban o te enviaban a la estructura militar y te atosigaban con ejemplos heroicos... Creo que él se sintió más acompañado, quedamos en seguir con la charla... Cayó a los tres días.

El 7 agosto de 1975, cuando la CN residía en Córdoba, todo estaba listo para una reunión del Consejo Nacional de Montoneros cuando algunos de los participantes, ya en las citas previas, reciben la orden de regresar: había caído la casa donde se encontraban varios dirigentes, entre ellos Marcos Osatinsky.

Mercedes Carazzo, entonces integrante del Consejo, relata una breve y apresurada charla que tiene con Quieto en el auto que la saca de la cita a la reunión. El Negro me pide que nos reunamos con urgencia para hablar de lo que está ocurriendo. Me dice que la situación es muy grave, que la Conducción se militarizaba y perdía la perspectiva política y que esto nos estaba llevando al aislamiento y a perder el espacio y la gente que se había ganado con la Juventud Peronista y el Peronismo Auténtico... Lo vi muy mal, muy preocupado, y quedamos en reunirnos en Buenos Aires. Ese encuentro no se hizo, no volví a verlo, entre casas levantadas, emergencias y desencuentros...

-¿Qué se discutía en el momento de la reunión de Consejo postergada?

-Varias cuestiones: la posibilidad de convertirnos en Partido Montonero y las características del Ejército, cada vez más similar al regular, las relaciones con el ERP (la posibilidad de compartir capacitaciones, imprentas, etc) y lo que más me preocupaba, la idea de favorecer o no la agudización de las contradicciones entre Isabel y las Fuerzas Armadas... la prioridad en el fortalecimiento del Ejército Montonero se aferraba a una respuesta positiva... Lo militar, ya estaba claro, era lo que fundamentaba las decisiones... Y esto también se vinculaba con el modo de actuar en relación con la posibilidad del golpe. Varios considerábamos que el golpe sería nefasto y que de ningún modo podíamos favorecer que se diera. Quieto lo planteaba así en la CN proponiendo una línea dirigida a fortalecer la acción política. En esto coincidía con Marcos y Roqué...

El abismo y los límites

Todo indica que, al menos en los últimos tiempos, Quieto se planteaba interrogantes y cuestionamientos acerca de la línea política montonera que le generaban dudas sobre las posibilidades de superar airoso la ofensiva enemiga y arriesgaban afectar su confianza en el proyecto político. Para un dirigente nacional de Montoneros conciente de su responsabilidad, acertar y poder llevar adelante el accionar que permitiera emerger de este cuadro crítico, constituía su tarea vital.

Las entrevistas a diversos interlocutores dan cuenta de sus diferencias, de sus dudas, de su búsqueda ansiosa de salidas y también, sobre todo en los últimos meses, de cierto agobio y agotamiento. Pero de ninguna manera registran que Quieto contara con una propuesta política alternativa. Al parecer, todos sus esfuerzos pasaban por intentar que los canales orgánicos permitieran debatir las cuestiones que creía más decisivas (el tema del golpe, militarización, ejes políticos, debate interno). Creo que el Negro y Lino creían en la necesidad de resistir dentro e ir ganando posiciones, afirma Carazzo. Tampoco aparecen indicios de que haya buscado estructurar alguna forma de corriente interna que debatiera la situación y cómo manejarse, elaborara una propuesta, etc. Sólo intentó tender puentes con compañeros de su confianza que, significativamente, provenían de las FAR. No hubo de parte de él una apertura a otros cuadros (como, por ejemplo, los de columna Norte y La Plata, que en esa misma época desplegaban críticas y cuestionamientos).

Esta actitud puede explicarse por varios factores. El principal es que para Quieto no aparece globalmente cuestionado el proyecto montonero pero sí algunos núcleos constitutivos (como la relación entre lo político y lo militar) a través de sus líneas de implementación. Su apuesta es lograr modificarlas. Claro que preservando la organización (¿qué había por fuera de ella?). Y más aun en una etapa de duro embate represivo, cuando abrir fisuras internas podría aumentar su vulnerabilidad (de ahí, quizás, los modos diferentes en que manejó sus charlas según los interlocutores).

Pero Quieto tenía conciencia de la gravedad de la situación ante la ofensiva enemiga (la imagen del boxeador vapuleado casi grogui) y la seguridad de que lograr resistirla y salir adelante dependía de hacer política. Hacia ese objetivo, juntando fuerzas adentro y armando redes hacia fuera, orientó su acción y desplegó sus esfuerzos en el último año.

Seguramente incidieron también algunos rasgos de su modo singular de moverse políticamente, como el manejo cuidadoso, evitando pasos en falso, que le era característico. Según Lewinger, Quieto tenía un modo de razonar político, en el que avanzaba de a poco, por aproximación, mas bien sobre seguro.

VI – El marco político

Ese año de 1975 la actividad militar de montoneros había registrado un fuerte salto, tanto en el número (alrededor de 500 operativos) como en el tipo de operaciones, con frecuencia espectaculares y dirigidas a las fuerzas armadas y de seguridad (la policía tuvo 75 bajas en un año), que culminaron el 6 de octubre con el asalto al regimiento 29 de Infantería de Monte de la ciudad de Formosa. Lo cierto es que allí se abrió un abismo entre los Montoneros y el Ejército, señala Perdía, y agrega que se esfumaron contactos y amigos. Al mismo tiempo ese fue el año del auge de la movilización obrera que llegaría a su punto mas alto con el “Rodrigazo” y las jornadas que forzaron la renuncia de López Rega. Los Montoneros, que a falta de agrupaciones, disueltas con el pase a la clandestinidad, tuvieron que reinventar sus sustitutos (ya a comienzos de año habían lanzado el Partido Auténtico y participado electoralmente en Misiones) impulsaron las “Coordinadoras Sindicales” y aunque éstas fueron rebasadas por la movilización obrera y sindical, en algunas zonas logran una considerable participación. Estos intentos de recuperar el vínculo político con los sectores populares y la simultánea escalada militar guerrillera, esta estrategia un tanto esquizofrénica que ocasionalmente dejaba entreabiertos algunos espacios de semilegalidad (y posibilitaba, por ejemplo, que aun existieran detenciones “legales” derivadas al sistema carcelario) iba inclinándose ineludiblemente hacia la militarización total de la organización. El desarrollo del Ejército Montonero y el fortalecimiento de las estructuras logísticas (fabricación de armas, incluidas) serán las brújulas orientadoras de la línea montonera.

En realidad, el paso a la clandestinidad de Montoneros el 5 de septiembre de 1974, relanzando la lucha armada y declarando la guerra al gobierno de Isabel, fue el puntapié inicial de la escalada. Firmenich –que fundamentaría tal decisión en la inminencia del golpe y la necesidad de prepararse para afrontarlo- se mostró satisfecho en la conferencia de prensa: mejor así... ahora no habrá medias tintas y cada cual ocupará el lugar que debe. Y no dejó títere con cabeza: a nosotros nos importa poco la reyerta interna del gobierno, quién gana o quién pierde... Hay

que golpear a todo por igual hasta que gane el pueblo. Y si se agudizan las contradicciones en el Gobierno mejor.

Perdía, que luego calificó aquella decisión como el mayor desatino de nuestra historia, la atribuiría a la vulnerabilidad que ofrecían los locales públicos (que funcionaban como “ratoneras” a manos de la Triple A) y a la presión de la militancia que reclamaba respuestas ante la represión y los atentados. Los militantes clandestinos quedaban cubiertos... ¿Y los de los frentes políticos? Procuraríamos que se resguardaran en los distintos organismos reivindicativos, argumenta Perdía. Lo cierto es que quedaron más expuestos que nunca y muchos de sus integrantes fueron víctimas fáciles de la represión; las agrupaciones de base barriales, sindicales y estudiantiles fueron liquidadas, la estructura de la Juventud Peronista y de la JTP quedaron disueltas, los activistas pasaron a ser “perifericos” de Montoneros. Los puentes entre la Organización y la base social se cortaron.

El 26 de julio de 1974 –una semana después de conocerse una declaración de la JUP que justificaba la operación que dio muerte al dirigente radical Mor Roig- Roberto Quieto habló en La Plata. Advirtió a los sectores políticos que no se podía cambiar un Frente de Liberación por un Gran Acuerdo Nacional y planteó la alternativa: o se alían con los trabajadores dentro de un Frente de Liberación Nacional o entonces pasan al campo del enemigo y merecerán el trato de los enemigos (Aplausos. ¡Rapidito, rapidito, que ya estamos calentitos; apurando el expediente, que ya estamos recalientes!), consigna la prensa montonera .

Eduardo Jozami, que habló largamente con Quieto en agosto de ese año, recuerda que, ante la pregunta sobre la capacidad para soportar la intensificación de la represión que traería aparejada la vuelta a la acción armada, el integrante de la conducción nacional manifestó su confianza en que los Montoneros soportarían el embate, aunque las pérdidas serían muy duras para la organización. Quieto –dice Jozami- no parecía ver entonces contradicción entre la necesidad de ampliar el espacio político, como sostuvo en nuestra entrevista, y la vuelta a la lucha armada. La creencia de que “apretando” a los políticos se lograría su integración al Frente de Liberación, se revela hoy en toda su ingenuidad y da cuentas del desconcierto político de la conducción montonera ante una coyuntura cada vez más compleja. Ese tono amenazante del discurso de Quieto en La Plata (habitualmente ajeno a su estilo) y las eufóricas expresiones de la barra estudiantil muestran la desesperación por evitar que se cerrara la posibilidad de la acción política. Pero, paradójicamente, los métodos con los que se quería asegurar este objetivo político ya estaban anunciando la opción militarista que finalmente habría de predominar.

Durante los primeros años de actividad, entre 1970 y 1974, la guerrilla había seleccionado de manera muy política los blancos del accionar armado, pero a medida que la práctica militar se intensificó, el valor efectista de la violencia multiplicó engañosamente su peso político real; la lucha armada pasó a ser la máxima expresión de la política primero y la política misma más tarde, señala Pilar Calveiro. La militarización y la escalada represiva fueron aislando a los Montoneros, cerrándole espacios políticos y, a la vez, descomponiendo internamente a la Organización. Calveiro sostiene que se fueron imponiendo mecanismos políticos, militares y organizativos que junto al ímpetu represivo asfixiaron a la organización. Afirma que los lazos de autoridad reemplazaron a los de compañerismo, que se intensificó la falta de participación y la omnipotencia de conducciones inamovibles, que la promoción de los cuadros se centró en sus cualidades bélicas y disciplinarias, cundió una despersonalización típicamente militar, con el consiguiente desinterés por el militante en tanto individuo. A esto debe sumarse el culto al heroísmo, al sacrificio y a la valentía, cuya intensidad en la exhortación militante crecía en proporción a los efectos del accionar represivo.

En febrero de 1975 con la sanción del “decreto de aniquilamiento”(6-2-75) y la iniciación del Operativo Independencia, las Fuerzas Armadas comenzaron a experimentar, primero en Tucumán y luego en Córdoba, la nueva modalidad represiva impuesta primero por la Triple A e implementada luego en los centros clandestinos (secuestro, tortura sin límites y asesinato o desaparición de los detenidos) que se generalizaría a partir del golpe militar. En el curso de ese año y hasta mediados de diciembre la ofensiva militar se cobró cerca de medio millar de víctimas entre asesinados, presos y una proporción en aumento de desaparecidos (mayoritariamente militantes o periferia de ERP y Montoneros y activistas obreros)

Las acciones militares de envergadura, lejos de fracturar a las Fuerzas Armadas, las cohesionaban cada vez más y le brindaban el argumento para una intervención directa. Formosa, proclamado como éxito por los Montoneros, lo mostró cabalmente. Al día siguiente del operativo el gobierno creó el Consejo de Seguridad Interior y el Consejo de Defensa, con la participación, junto con el Poder Ejecutivo, de los tres comandantes en jefe. El decreto 2772 estableció que, a fin de aniquilar el accionar subversivo, las Fuerzas Armadas operarían “en todo el territorio del país”. Para la conducción montonera estaba todo bien. Las Fuerzas Armadas obligadas a salir de los cuarteles y operando masivamente – generalizando el espacio de guerra- no es un retroceso del campo popular sino la necesidad del enemigo de usar su reserva estratégica para frenar las luchas del pueblo, señala y comenta que las FFAA deben soportar que la crisis económica repercuta en su capacidad financiera para pertrecharse mientras que Montoneros, (gracias a los secuestros de los Born y del gerente de Mercedes Benz) está en mejor situación para afrontar la guerra en que estamos empeñados, subrayando que hay condiciones para dar un salto cualitativo en lo militar.

Pese a este optimismo triunfalista, la operación de Formosa fue cuestionada en varios sectores de la militancia, entre ellos por la columna norte (habitualmente señalada por la CN como “mi-

litarista” y “aparartista”). Las críticas incluyeron la decisión de tomar como blanco a los soldados que, por otra parte, se defendieron a sangre y fuego (lo cual no estaba previsto), la concepción de ejército guerrillero que suponía (cada vez más similar al ejército regular) y los efectos cohesionantes que generaba en las Fuerzas Armadas y en sectores políticos potencialmente aliados o neutralizables.

Este era, en líneas generales, la situación cuando se produce el regreso de la Conducción Nacional a Buenos Aires.

Hasta entonces, el cambio en la metodología represiva y el salto en la escalada militar con el incremento de caídas –temas que generaban discusiones en la militancia– no había merecido ningún pronunciamiento específico de la CN que llegara al conjunto de la militancia. El Consejo Nacional Montonero de octubre había aprobado el Código de Justicia Revolucionario que entraría en vigencia a partir de enero de 1976. En el “Juicio a Quieto” publicado en el No 12 de Evita Montonera, muchos leyeron que ya estaba en vigencia un nuevo criterio: no caer vivo.

En cuanto a las consecuencias del uso de la tortura en las nuevas condiciones de inexistencia de límites a partir de la clandestinidad y la desaparición, no había directiva alguna ni, menos imaginable aun, informes acerca de lo que sucedía, cómo se producían las caídas y sus explicaciones políticas. La recepción a las preguntas que comenzaba a plantear la cuestión –existencia o no de colaboración en las caídas que se registraban, especialmente en el interior del país, necesidad o no de fijar algunos criterios frente a la tortura en las nuevas condiciones (tiempo límite, manejo)– era por lo general negativa y siguió siéndolo durante mucho tiempo. El solo planteo del tema era “mal visto” o rechazado por parte de muchos responsables de grupos de base: el supuesto era que, con o sin límites en su aplicación, la tortura podía soportarse (ya muchos heroicos compañeros lo habían demostrado) y lo que se requería era fortalecerse política e ideológicamente día a día. Actitudes como la de Rodolfo Walsh que explicitaba que se trataba de un tema a debatir y estaba convencido de que los militantes debían contar con armas que les posibilitaran resistir esa situación límite, constituían honrosas excepciones.

Final

En ese marco, en vísperas de las fiestas navideña la Conducción dispuso que los militantes con problemas de seguridad y clandestinos no concurrieran a las reuniones familiares navideñas y de fin de año. Quienes en esas dos fechas quedaran “suelos” podrían acudir a sitios donde se

reunirían conjuntamente con otros compañeros en iguales condiciones. Roberto Quieto fue uno de los tantos que pasó el jueves 24 de diciembre en un encuentro realizado en una quinta del Gran Buenos Aires. Tres días después combinó encontrarse con su familia el domingo en la playa de Martínez a la que llegó poco antes de mediodía. Según una versión, alguien lo reconoció en la playa y dio el aviso.

Quieto estaba exhausto. No veía salida a la situación de Montoneros. Ni tenía claro qué hacer para salir de la pendiente que llevaba a la derrota ni estaba convencido de que aun teniendo el rumbo, hubiese tiempo, condiciones y fortaleza para emprender la tarea. La línea central del accionar montonero, el enfrentamiento con las Fuerzas Armadas, unificaba a éstas en la guerra contra la “subversión” y les servía para legitimar el golpe, al hacer evidente la incapacidad del gobierno de Isabel. A la vez, debilitaba la posibilidad de instalar una opción política que lo evitara. Quieto apostaba al fortalecimiento de un frente civil de oposición al gobierno, (incluso con sectores del peronismo que apoyaran la iniciativa) que lograra imponer el inmediato llamado a elecciones adelantadas. Creía que la instalación de la opción político-electoral invalidaría la excusa legitimante de que era imprescindible reemplazar militarmente a Isabel, haría aflorar las diferencias internas dentro de las Fuerzas Armadas y permitiría recuperar espacio político y romper el aislamiento. Esa posibilidad que, a juicio de Quieto, era la única esperanza para dificultar el camino al golpe, entraba en contradicción con el intenso accionar militar de Montoneros.

Sin lograr que sus propuestas fueran aceptadas por la dirigencia montonera, sabedor de que éstas perdían terreno cada día que pasaba (el Partido Auténtico fue ilegalizado en diciembre), conciente de los efectos demoledores del golpe y del lanzamiento de todo el poder del estado sobre fuerzas políticamente aisladas, los últimos meses de 1975 lo encontraron inerme y pesimista. Trataba de no demostrarlo ante sus compañeros (nos golpean pero estamos fuertes) e incluso reiteraba los logros consignados por el último informe (el salto cualitativo en lo militar que implicaba fabricar armas pesadas), todo sin demasiada convicción. Ese fue, al parecer, un último intento de encontrar una salida ante la tragedia que entreveía.

Para peor, la ofensiva militar incrementaba las exigencias de la vida clandestina, que se le hacía cada vez más insoportable, sobre todo en términos de las dificultades en su relación familiar. Todo el año que vivió en Córdoba había sido muy duro. Perdía relata que ante el avance represivo y como nuestra presencia no debía ser conocida en Córdoba, limitábamos al máximo nuestros desplazamientos. Cuenta que él y Firmenich vivían con sus respectivas familias (compartir el tiempo con nuestros pequeños hijos constituía la recompensa a las tensiones cotidianas), no así Quieto cuya esposa no estaba totalmente integrada a la vida clandestina y que sólo esporádicamente podía establecer un vínculo más estrecho con su familia, lo que, dice, tuvo luego mucho que ver con su caída.

Evidentemente, estas circunstancias profundizaron un vacío afectivo que, pese a lo reservado que era respecto de su vida personal, percibieron quienes lo vieron en esa época en Buenos Aires donde aun no parecía haberse instalado. Llama la atención ese ir y venir en alguien tan meticuloso y ordenado. Es precisamente en esta última época cuando quienes lo veían dan cuenta de que andaba solo. Tal vez entonces se haya producido esa “bajada de guardia” que reflejan algunas trasgresiones a normas orgánicas.

Quién sabe qué le fue ocurriendo. Es probable que ese fin de año de 1975 y en medio de la tensión de la escalada represiva, sintiera que el proyecto político que sostenía su vida se tambaleaba y que la crisis afectiva lo dejaba sin aire. Quizás si estas dos cosas no se hubieran dado juntas, otro podría haber sido el resultado. Pero no fue así y no podía serlo, eran las dos fuerzas que movilizaban a una misma persona y esta vez lo dejaron, como al boxeador, tratando de salir de cada golpe.

Pero su historia no es la de un traidor. Es la de alguien de larga trayectoria política, que se dio cuenta de que se estaba equivocando y ya era tarde, pero que de ningún modo abandonaría su puesto. Siguió como le fue posible, siendo fiel a lo suyo e intentando actuar con dignidad.

¿Por qué no intentó algo, organizó una disidencia, abrió un debate interno?, es la pregunta obligada. No hay indicios de que se planteara algo así, quizás su idea fue intentar cambiar las cosas desde adentro y no daba para más. Seguiría donde estaba y hasta donde llegara. Ya estaba jugado, la organización era parte y también producto suyo, pertenecía a la Conducción Nacional, era “el de las FAR,” y ahí estaría. Ir a la playa violaba las reglas de un jefe y lo sabía. Pero decidió correr el riesgo. Quizás subestimó el peligro y lo advirtió cuando se vio cercado. Su única chance era la legalización del procedimiento. Identifíquese, reclamó delante del público. Ya era tarde. Y no podía engañarse, sabía lo que le esperaba. En la tortura maniobró con el tiempo y después de 24 horas entregó algunos locales. Ya los habían levantado, pero parece que cayó un compañero. No se sabe bien, algunos dicen que fueron más, otros lo niegan. Sí está más claro lo que no cayó: la Conducción Nacional, estructuras importantes, inversiones, casas y personas que conocía. Un represor del Ejército que iba a la ESMA contó que nunca más pudieron sacarle una palabra.

RECUADROS

Enrique Arceo: Sujeto a sus responsabilidades

Era humilde respecto a su formación, que procuraba constantemente mejorar. Reflexivo, cauto al momento de adoptar decisiones, pero, al mismo tiempo, poco dado al análisis introspectivo o a dejarse paralizar por sumersión en las dudas. Buen orador, muy cuidadoso de su aspecto personal y estado físico. Familiar y protector, sumamente cariñoso con los chicos. Notoriamente sujeto a lo que consideraba sus responsabilidades... Creo que lo marcó su pasaje por la cárcel de Rawson... Por el respeto que le mostraron sus captores al momento de llegar a la prisión y por la ampliación de su panorama respecto a las distintas corrientes revolucionarias.

Jorge Gadano : una inmensa decencia

No me asombró que el Negro diera esos datos de un depósito... Es que tenía la experiencia capacidad, inteligencia y amor a la vida suficientes como para negociar lo que pudiera sin poner en riesgo vidas y bienes importantes. Por eso dio lo del depósito, no sin antes aguantar el tiempo suficiente como para que quienes cumplían allí funciones de custodia, se fueran (uno de ellos fue Ricardo Sapag, quien me contó que le avisaron un día después de la caída del Negro que dejara el lugar). Creo que, como lo hizo Luis Guagnini, trató de salvar su vida hasta donde se lo permitían sus principios, su moral. El Negro era un gran tipo, de una inmensa decencia. Creo que se equivocó cuando admitió, al acordarse la fusión, ir a la conducción, porque no pudo bancarse esa responsabilidad, con todo lo que exigía el pensamiento foquista...

Raul S., un amigo: la estrategia de la guerra prolongada

Recuerdo a Roberto como un tipo serio, sensato, cumplidor en todo; sin afinidad con extremismos formales ni ostentaciones. Creo que su compromiso político era con la estrategia de la guerra prolongada, y esto a mí me explica su conducta, su facilidad para lo que podría llamarse tal vez apresuradamente su "doble vida". Me parece que en esa estrategia a largo plazo y urbana, más que posible era necesario continuar con seriedad la vida cotidiana. O al menos así sentía y veía yo la conducta de Roberto. No como un exaltado romántico, ni como un neosuicida... Roberto era un cuadro político con condiciones políticas: sensatez, buscar lo que acerca, mirar más allá de lo diario, sin supeditarse a que se está yendo al cielo... En concreto: no entendí entonces y no entiendo ahora cómo puede haber acompañado el retorno a la clandestini-

nidad... A partir de allí yo ya no "veo" al Roberto cuadro político; se me va desdibujando ese perfil...

Revista Lucha Armada, Año 2 - Número 6 – 2006
www.luchaarmada.com.ar